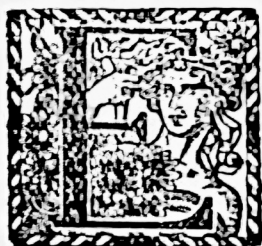


Maité Allamand

## Peiro Pascual



RA una casa grande, rodeada de corredores llenos de sol. Las piezas eran amplias, las ventanas con barrotes de fierro a la usanza de los tiempos pasados. El techo era bajo, de tejas muy viejas, con algunos parches rojos de tejas nuevas.

Alrededor de la casa había jardines, un parque sombreado, un huerto lleno de abejas. Luego corrales, galpones, gallineros y el bosque de pinos y eucaliptus. En seguida se extendía el fundo con su viña, sus potreros limpios, sus canales y sus rectas alamedas. Más allá, otros fundos, el río, todo el valle, el horizonte con sus montañas azules y su volcán sin cabeza que las dominaba a todas. Al otro lado estaban los cerros dorados, porque el sol se acostaba tras de ellos. Así era todo, porque la casa grande estaba situada en Chile.

Y en la casa grande vivía mucha gente, que parecía muy buena y muy feliz.

Había dos abuelitas de cabellos blancos y ropas negras, con manos muy finas que tejían siempre. Había dos papás jóvenes y apuestos, que se levantaban al alba y volvían por la noche con los ponchos hinchados de viento y las barbas húmedas de rocío. Había dos mamás muy lindas con faldas largas y estrechas, cabellos levantados sobre nuca preciosas. Unas mamás que regañaban poco, cantaban y reían mucho.

Y había niños en la casa de largos corredores... Una cantidad de niños, rubios o castaños, de ojos verdes, pardos o azules. Casi una docena de niños entre bebés recién nacidos y personajes importantes que ya alcanzaban lo que con tanta solemnidad se llamaba la edad de la razón.

Había mucho sol sobre la tierra porque empezaba la bella estación. Había mucha agitación en la casa porque se acercaba el día tan esperado por grandes y pequeños. Llegaban encomiendas, cajas y cajones. Los armarios profundos absorbían todos los misteriosos paquetes. Por las tardes, flotaban en la cocina olores azucarados. Por la noche, los grandes velaban hasta más tarde, empeñados en extrañas faenas.

Eran unos días maravillosos. Los pequeños vivían locos de felicidad. Maduraban las cerezas, se acercaba la trilla y ya venía la noche tan ansiada...

Cantaban sin cesar. Se cantaba mucho en ese tiempo en la casa de los apacibles corredores, con enredaderas y nidos de golondrinas en el alero. Cada año aprendían un nuevo «noel». Ingenuos cánticos que repetían

sin comprender su místico significado. Aires medioevales, palabras arcaicas llenas de misterio, que sabían a fiesta pero que dejaban lágrimas en los ojos de las abuelitas.

Il est né le Divin Enfant...

Las notas del piano y el coro de las voces infantiles despertaban emociones dormidas, evocaban recuerdos lejanos de la tierra que habían dejado...

Il est né le Divin Enfant,  
Jouez hautbois, raisonnez musettes...

Allá, en Francia, todo era distinto... Los niños lo sabían sin comprenderlo. Había nieve sobre la tierra y en la torre de la vieja iglesia de la aldea, cuando las campanas llamaban a la misa de la medianoche. Había troncos enteros dentro de la chimenea de cada hogar, y mesa cubiertas con las tradicionales golosinas. Mientras en Chile, el calor humedecía las frentes y las manos y por todas las ventanas abiertas se aventaba algo de esa intimidad que allá aconchaba junto al fuego... Eso lo sentían las abuelitas, los papás, las mamás tan lindas, y los pequeños de entonces lo han comprendido al correr los años.

Y era también el tiempo de las interrogaciones. Recrudecía la curiosidad de los chiquillos, y toda la imaginación se les hacía preguntas.

—¿Por qué el «Père Noël» traía tanta nieve en la barba y pieles en su capuchón? Cuando no había frío, ni viento, ni nieve...

—¿Por qué decían que el «Père Noël» entraba por la chimenea, cuando no había chimenea en la casa?

—¿Por qué rezaban y pedían en francés? ¿Qué hacían los niños que no sabían hablar así? ¿Por qué? ¿Por qué?

Arreciaban las preguntas, y ninguna respuesta los satisfacía. Era un misterio. Pero una noche de Pascua, por la ventana abierta de una vieja casa de campo chilena, les llegó la luz...

.....

Nos despertamos todos, unos tras otros, sin saber por qué. Saltamos de nuestras camitas en una convulsión de sábanas y de almohadones. Corrimos hacia la claridad de la ventana abierta. La antigua reja tenía un barrote para cada par de manecitas impacientes, un espacio para cada frente.

Y así, inmóviles dentro de nuestros blancos camisones, con los ojos nuevos muy abiertos, vimos algo que nunca podremos olvidar.

Afuera, todo estaba color claro de luna: los árboles, el parque dormido, el cielo, la tierra. Aprisionado en el luminoso silencio de la noche, venía un rumor, y acercándose por el camino, se hizo bestia, hombre y carruaje. ¡Oh maravilla de las maravillas! ¡Oh crista-

lización de todos los ensueños! Era él, él. ¡El mismo!  
El ciervo tenía escarcha sobre los complicados cachos. El trineo era amplio y estaba lleno de juguetes. Sentado en el pescante, «Père Noel» sacudió la nieve de sus barbas y se sacó los guantes para calentar sus manos entumecidas por tan largo viaje por atmósferas extrañas. Luego descendió, y para estirar sus viejas piernas dió una vuelta alrededor de su fantástico carruaje. Se frotó los ojos para ver más claro y paseó una mirada iquieta y curiosa sobre la casa dormida y su vetusto tejado.

Perplejo, «Père Noel» sacó de su gabán una libreta y revisó cuidadosamente sus apuntes. No, no estaba equivocado. Era preciso obrar con rapidez, es tanto el trabajo de la Nochebuena... Se enjugó la frente con un gran pañuelo de cuadros y empezó a revolver su maravillosa carga...

Pero, el tranco de un caballo le hizo levantar la cabeza. Por el camino venía un jinete bien montado, con sombrero alón y espuelas de plata, poncho listado, lazo bien trenzado y prevenciones nuevas.

Al enfrentarse nuestros personajes, se encabrita la bestia, piafa el ciervo y sacude sus arneses. «Père Noel» se precipita a defender su propiedad y, ofendido, grita en francés:

—¿Quién es usted y qué hace aquí en mi nochebuena?

El huaso responde en español:

—Yo soy Peiro Pascual, caballero p'a servirle a

su mercé, .. Se quitó con gracia el sombrero, descubriendo un rostro bien moreno, unos ojos muy negros.

—¿No sabe que esta casa es mía, que me toca a mí, porque los niños que habitan en ella son de mi tierra? Bastante largo y pesado el viaje, como si no hubieran podido quedarse en Francia, antes que radicarse en los confines del Universo... Y «Père Noel» se agita, gesticula, los colores se avivan en sus mejillas, la cólera está próxima a estallar...

Peiro Pascual se desmonta con tranquilidad.

—Si sé, Señor, si sé... Si yo no traigo naíta en mis alforjas vacías, .. Y por lo mesmito que sé quién es usté que he y venío, para que hagamos un trato... Hartazos años que lo tenía pensao, toitito lo que voy a decirle, pero es que no me le atrevía, porque yo soy un huaso no más, de por aquí, y porque no tengo ná mucha educación... Y de primera yo creí que usté no me iba a entender ni jota de lo que yo le hablara. pero la voluntá me sobra, eso sí, y por eso mismo es que esta noche ensillé, y me atreví a salirle al paso...

—A ver, a ver,— decía «Père Noel», 'haciendo unas extrañas carrasperas,—a ver, a ver...

—Sí p'us señor, estos niñitos d'estas casas, usté dice que son d'iallá, porque hablan en extranjero, pero yo le digo que también son d'iaquí... ¿Que no los ha visto ná, usté, cuando corretean de a caballo, como locos? ¿Cuando juegan tardes enteras en las parvas de paja? ¿Cuando se pierden por los rastrojos, levantando perdices? ¿No sabe usté el cariño que tienen por la tie-

rra, los árboles, las piedras, las gentes, las aguas de su fundo...! ¡Viera cómo lo cuidan y lo averiguan todo! Habrán venío de otra parte, pero ya son de aquí, por el corazón...

—Hum, hum— decía «Père Noel», escuchando, sin decir nada más. —¡Hum, hum!

—Por eso p'us que se me ha ocurrido que yo podría ayudarlo, reemplazarlo a usted... ¡Si estamos en Chile, señor!

—Bueno, bueno,— replicó «Père Noel», nervioso pero interesado,—¿Y qué puede darles usted a los chiquillos, a cambio de lo que yo les traigo todos los años? ¿Tiene usted nombre, fama, canciones, leyenda?

—Poca cosa tengo yo p'a lo suyo, señor... Pero, aguaita los jardines como están de floridos, los huertos de fruta madura, . . . No tenemos más pinitos puntiagudos, como los suyos, ¡benaiga la vida! Pero nos sobran árboles chilenos mucho más lindos que esas ramas espinudas... ¡Y tenemos la albahaca, fresca y fragante, como la misma sonrisa del Niño Dios! Y los cantaritos negros, y los primeros choclos... Y la novedad, señor... Las cosas viejas son p'a los ancianos... Los chiquillos, s'entusiasman con lo último que ven...

—Verdad, verdad... «Père Noel» meditaba, sentado en la pisadera de su trineo, y así estuvo mucho rato. Peiro Pascual esperaba, con el amplio sombrero entre las manos. El reno estaba inmóvil. El caballo mordía unas yerbas tiernas a la orilla del camino.

De pronto, el viejo de las barbas blancas se incorporó de un salto.

—Muy bien, muy bien, Peiro Pascual... Desde hoy, y para Chile, te nombro mi reemplazante y sucesor. Así me evitaré este viaje largo y pesado, ¡si me ahogo con mis pieles y con este calor! Tú tienes toda la razón... Vamos, ayúdame a bajar mis regalos para estos chiquillos... ¿Así, ves? Y sácate las espuelas, no sea cosa que los despiertes con su tintineo... Y con todo lo que sobra, toma, llena tus alforjas, y galopa, galopa por los aires, por la tierra, por el tiempo hacia todos tus niños chilenos...

Las alforjas se hinchaban, se hinchaban de maravilla... Terminado su trabajo, los dos hombres se abrazaron en el medio del camino...

Y nosotros, los chiquillos de la ventana, nos quedamos solos con nuestros ojos abiertos y el latir apresurado de nuestro corazón...

.....

Han pasado muchos años. Y ahora que me toca a mí contestar preguntas y saciar la curiosidad de unos pares de ojos muy azules y muy inquietos, he recordado a Peiro Pascual.

¿Dónde estás, donde has estado, Peiro Pascual, desde esa noche de luna? ¡Vuelve! Yo quisiera darte a conocer, hacerte querer y esperar por mis hijos y por todos los niños de esta tierra...

¡Vuelve, vuelve Peiro Pascual!